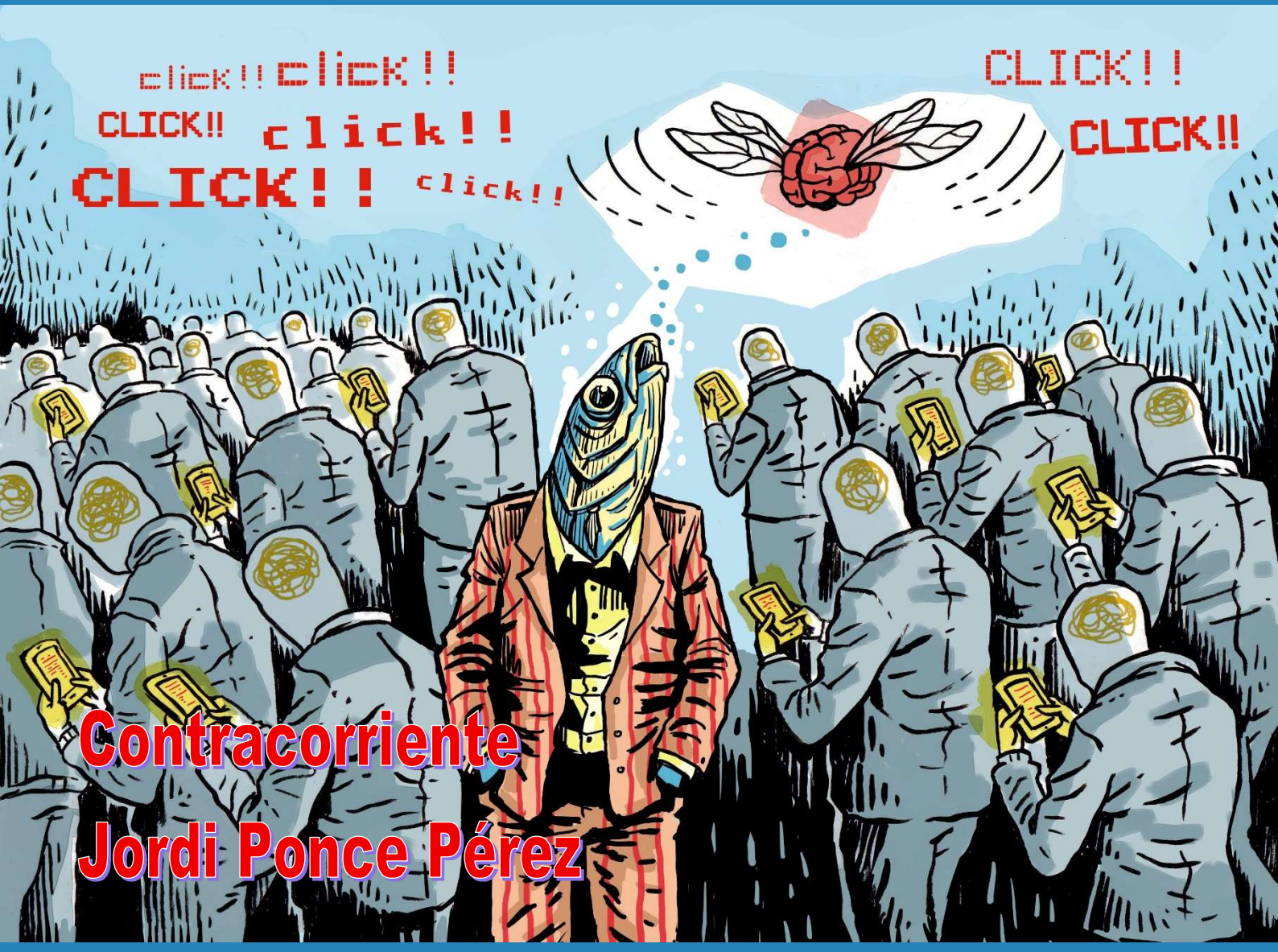
Nº41 Agosto 2025

CAMINANTE
REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA Y GRÁFICA

Yo tenia una mañana que era distinta.
Era como un pájaro,
que tenia una voz que cantaba.
Yo tenia una mañana que era esperanza.
También un corazón que sangraba.
El tiempo es una canción
que nunca acaba **Francisco Álvarez**

En este número



Contracorriente
Jordi Ponce Pérez

DAYANA ABREU YANES VERANO ELENA BRAVO DELGADO ELOY CALVO ALVARO P. CAPIELLO
MAURICIO LÓPEZ EL RINCÓN DE CRISTIANE FRANCISCO ÁLVAREZ KOKI MANUEL VILLARRUBIA
DOBY GONZÁLEZ ERIKA MENDOZA SUSANA ARROYO WALLACE BOTTO PASCUAL ANGOSTO
JESÚS QUINTANILLA MARÍA GRACIELA KEBANI ALBERTO FERNÁNDEZ MARTÍN L. CHAMIZO
FRANCISCO ARAYA PÁGINA 30 RAÚL G. VILLALOBOS TAPIA JOSE CARLOS VARA MATA

Con voz de mujer

Daños colaterales

"¿Llamaste al señor que quería la reforma del ático?", me pregunta. Antes de responder mi mente se fuga hasta el momento preciso en que me dio la orden. Yo archivaba los papeles y me dije: "Apenas termine, lo hago", y luego pase a otra cosa, y a otra, hasta este momento, en que mi jefe, visiblemente molesto, me exige una respuesta. Me quedo tiesa y muda, encogida de hombros y noto como sus venas manan como relámpagos. Sé que me grita por los gestos de su cara, aunque no lo escucho, sé lo que dice. Me lo ha dicho tantas veces: "¿Serás tonta o tienes principio de Alzheimer?"; "Tienes una sola neurona y la pobre tiene problemas"; "No es tan difícil, hasta un mono amaestrado puede hacerlo"; "Estás arruinando mi negocio y mi reputación".

Me pide un café con el último grito, luego coge el teléfono y me dice la famosa frase: "Si quieres algo bien hecho, tienes que hacerlo tú mismo". Voy hasta la pequeña cocina- comedor del centro —apenas dos mesas con sus cuatro sillas, una encimera de metro y medio, un microondas, un dispensador de agua y una cafetera eléctrica—. Saco el sobrecito que guardo en una lata de veneno para cucarachas en la última gaveta del mueble. Nadie la toca por supuesto, es veneno. Me han comentado: "Aquí no hay cucarachas, mujer", pero yo insisto: "Nunca se sabe", y dejan el tema. La lata apenas molesta, es pequeña, nadie repara nunca en su presencia. Pero yo sé bien donde está, he fantaseado con abrirla muchas veces, con el sobrecito que guardo dentro. Nunca he llegado a sacar la dichosa lata, me conformo con imaginarme que le preparo un café con sorpresa. Esa es mi terapia de relajación. Me ayuda a soportarlo, sabiendo que está ahí, cerca, aguardando, que es solo una decisión mía. Me reconforto con esos pensamientos mientras revuelvo el café. Pero hoy no, es como si la lata me llamara con más fuerza que de costumbre, la muy obstinada, y juró que escucho que me insinúa: "El café es ideal". Y no se calla, va a más, la lata continúa: "No porque ignores las cosas, van a desaparecer". Ya sus últimas palabras rozan el ensañamiento: "Recuerda, recuerda la visita". Y yo empeñándome en ignorar la visita de la que me habla, la visita que tuvimos esta mañana. "Vengo por el puesto de secretaria", dijo con seguridad la chica que parecía sacada… Mejor no digo de donde parecía sacada. "No necesitamos ninguna secretaria", le contesté yo. Acaso no ve que ya está hablando con la secretaria. "Vengo de parte de Francisco", insistió ella desafiante. Ese viejo verde, follador de secretarias, tenía que estar detrás de esto. Mi silencio la

hizo volverse más atrevida. "No importa, ya volveré en otro momento, cuando esté el jefe". Y claro está, aún continúa publicado el anuncio en la página: "*Se busca secretaria administrativa a tiempo parcial. Imprescindible experiencia en el sector de la construcción".* En su momento me comentó la posibilidad de contratar otra secretaria, alguien que me ayudara, para probar. Pero al final la cosa no cuajo y olvidamos el tema. Bueno, parece que solo lo olvidé yo.

La tapa se resiste, hace tiempo que no se usa, desde el día que coloqué el compuesto mil ochenta camuflajeado en el recipiente de veneno para cucarachas. La aprisiono entre las rodillas y tiro de la tapa con las manos. No desisto, si el me viera…diría: "Si fueras tan persistente para llamar a las personas, nunca hubiera descoordinaciones en las citas con los clientes". Eso mismo pienso yo, y continúo ejerciendo presión.

La tapa al fin cede y se va al piso, rueda hasta chocar con los zócalos, asomo medio cuerpo afuera para saber si el ruido ha llamado su atención. Por suerte no lo ha hecho, continúa pegado al teléfono muy simpático y sonriente. Sirvo una cucharada pequeña en el café y lo mezclo, mezclo con insistencia, con fuerza, luego añado otra, por si acaso y repito la operación.

Le llevo el café y mira el reloj en señal de protesta. Cuelga el teléfono. Me arranca la taza de las manos para acentuar su disgusto; se lo termina en dos sorbos y deja la taza sobre la mesa. Yo continúo de brazos cruzados frente a su buró. Sale tirando la puerta.

Archivo los papeles del día, pero no abro ningún expediente nuevo con las citas programadas para mañana, sé que no harán falta. Recojo todos los objetos personales y aguardo la noticia que llega a las seis de la tarde. Se ha caído en un andamio mientras realizaba la inspección de una fachada, víctima de vómitos y convulsiones. Llegó en coma al hospital y allí murió.

Me llevo las manos a la cara y lloro como las actrices de las radionovelas en Cuba, esas que tanto me gustaban. Emito gemidos y sollozos fingidos. Hay quien llora de verdad y no sé si sentirme mal o pensar que son estúpidos. Todos los difuntos son buenos, y este parece que no es la excepción, donde están las caras de alivio de esa gente que se burlaba de él a sus espaldas, de los que han salido de aquí tirando la puerta y conteniéndose para no reventarlo a puñetazos. Se acercan y me dan el pésame, lo asumo como algo más dentro de mi contenido de trabajo.

El día ha sido muy tenso, pero me siento aliviada porque al menos sé que será el último. Pienso en llegar a casa y mi cara se relaja, casi sonrío.

Me baño, ordeno un poco, cocino y hasta sirvo la mesa, pero me quedo esperando por él, que no llega, no llama, no escribe, que se cayó en el andamio y convulsionó sobre su propio vómito.

Y recuerdo y comprendo, al parecer, lo único que acaté a cabalidad de todo lo que me dijo cuando empezamos a salir juntos fue: "En el trabajo soy solo tu jefe y en la casa soy solo tu esposo. Aprende a separar las cosas".

Y eso hice.

Dayana Abreu Yanes

Editorial Verano

Hoy no tengo ganas de hablar de ningún tema profundo sino que al albur de los calores que nos habitan solo divagar, un poco indecentemente, sobre esta cosa que damos en llamar vacaciones y que suponen un verdadero descanso programado para aquellos que están todo el año en la faena.

Julio y agosto son los meses de temporada alta en los que la gran ciudad se queda un poco vacía y la costa se llena de madrileños que ya se conocen de aquí. Así que no hemos ido muy lejos. Este año quiero elegir entre playa y montaña. Siempre elijo la playa pero lo importante es poder elegir. Claro está que unos destinos son más privativos que otros y hay que tener en cuenta diversas variables a la hora de gastar el presupuesto. Los destinos de interior son muy calurosos y conviene coger algún tipo de actividad de refresco como un spa. Pero sus precios también son muy competentes y están menos masificados que el famoso levante español o la Costa del sol.

A pesar de ser vacaciones los politiqueos seguirán en primera plana con alguna o varias serpientes de verano coleando en los medios. Podremos seguir uno o varios eventos deportivos y el mercado de fichajes futbolístico. La dificultad del veraneo es mayor para las familias con niños sobre todo teniendo en cuenta que a la vuelta del verano está la rentreé escolar y sus gastos desmesurados. Cada vez nos diversificamos más pero siguen siendo antologicos el chiringuito de la playa y las siestas de verano.

Los mayores y enfermos crónicos deberán prevenir posibles afectos adversos por el calor. Podremos comprobar la hermosa gordura de los cuerpos latinos y el éxito o no de las operaciones bikini. Los jóvenes tendrán más cerca el amor y las horas amplias de luz solar predisponen a la alegría y a la aventura. Son dias entre lo gozoso y lo insoportable pero daremos buena cuenta de refrescos y helados.

Seguirá habiendo Rodriguez en la gran ciudad y muchas parejas discutiran hasta el divorcio. Y como alternativa de ocio están los festivales de verano que llenan toda la geografía nacional y hay para todos los gustos. Cada cual buscará un algo en el que encontrar la poesía de los días calientes que se escapan. Que volvamos todos felizmente a casa.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº41 Agosto 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros
Distribución gratuita via email a los 5
ntinentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook
La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

QUIÉN...

Susana Arroyo

Córdoba, Argentina

Quién hubiera dicho
que, a pesar de todo,
a pesar del tiempo,
todavía te añoro.

Quién podrá saber
si tus manos tibias,
allá a la distancia,
extrañan las mías.

Quién podrá negar
que felices fuimos
aun con silencios
y algunos vacíos.

Quién sería capaz...
el tiempo volver
y un amor en ruinas
de nuevo nacer.

Todo está por terminar (IX)

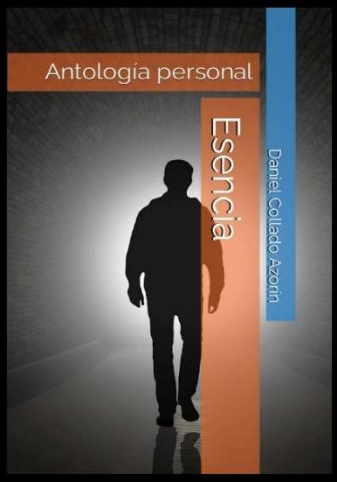
No acudí al entierro de mi abuela, de hecho, tardaron días en contármelo. Quizá mi padre consideró en ese momento que aún era muy pequeña para tener que enfrentarme a comprender el concepto de la muerte. ¿quién se atreve a juzgarlo...?

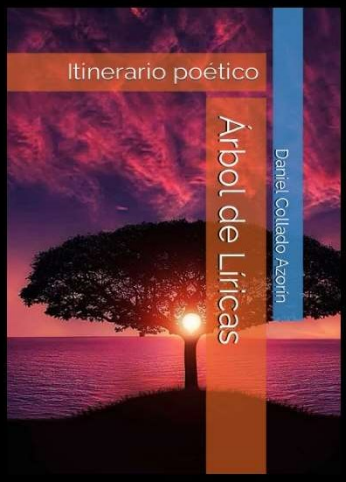
Mi abuela falleció a consecuencia de una caída. Ese día de invernada que había destrozado el cobertizo, también había destrozado su cadera. No pudo sobreponerse. Me duele reconocer que, pese a tener la valentía y la fuerza suficiente para atajar mil y una batallas previas, la del paso del tiempo fue implacable, aunque presentó pelea durante varios meses, duros para todos los

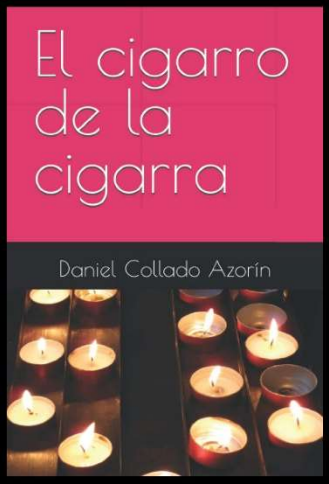
que la acompañaron, pero especialmente para ella. El hecho de verse impedida y con la movilidad reducida, era algo superior a ella. Creo que por eso dejó de comer y prefirió dejarse ir, que agonizar en silencio y quietud.

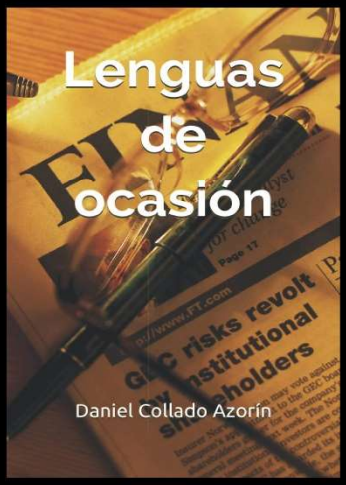
Pasaron años hasta que por fin mi padre me permitió, a regañadientes, acompañarle a visitar las tumbas de mis abuelos en el cementerio parroquial. Recuerdo esa primera impresión como un lugar frio y desapacible. Era un primero de noviembre, día de difuntos y una vez más el tiempo no acompañaba. Comenzaba a ser consciente de que la muerte no tenía retorno. Pensaba en el amor que profesaba a mis padres y el dolor que me causaría a mi perderlos, así que me agarré fuerte a la mano de mi padre y no la solté hasta que regresamos a casa. Aún a día de hoy, sigo haciéndolo cuando acudimos juntos al mismo lugar y en la misma fecha.

Elena Bravo Delgado

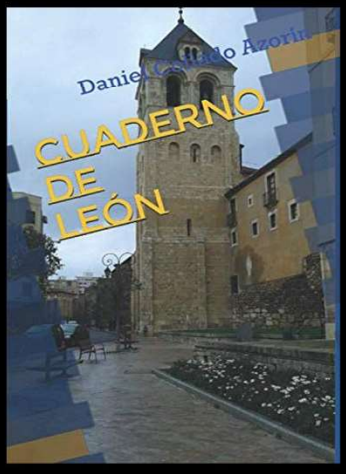


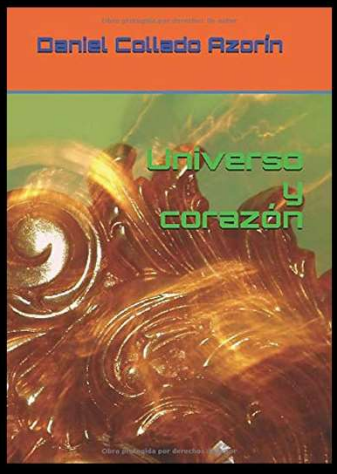


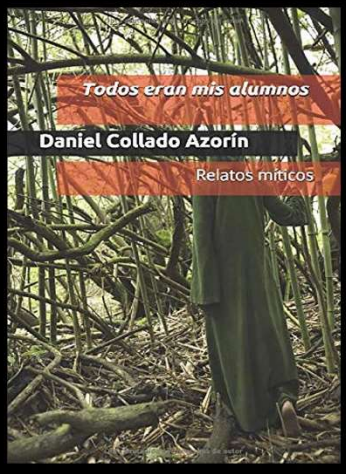


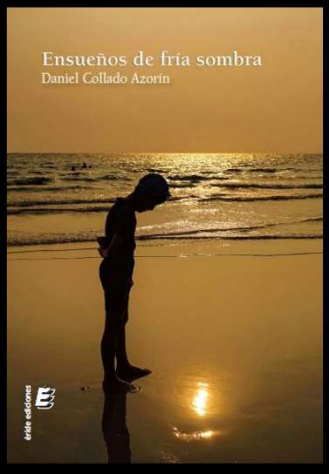


escritordaniel.es









MI MAYOR PROBLEMA Eloy Calvo

Lamento ser poco original, pero la imitación es consustancial al ser humano. Además, el influjo de la literatura y el cine –como bien sabéis mis dos grandes refugios–, lejos de guiarme por un camino distinto, no han hecho sino conducirme por dicha senda. Sirva por tanto esa frase tan manida que, pese a ello, suele resumir mejor que ninguna lo que se desea expresar: Si estáis leyendo esta carta es que estoy muerto.

Dicho lo más importante me gustaría añadir unas pocas líneas que espero se aparten, siquiera mínimamente, de esos lugares comunes que acaban vulgarizando la carta dejada por cualquier suicida.

Empezaré diciendo que, más allá de lo obvio, si estoy muerto es porque al final me atreví a hacer lo que llevaba muchos años rumiando en mi cabeza. Supongo que esta será vuestra primera sorpresa y el ¿cómo es posible que no hubiéramos notado nada? vuestra primera pregunta. Es natural que os la formuléis. También que no halléis respuesta y, por supuesto, que comencéis a preguntaros, caso de no haberlo hecho ya, qué es lo que hicisteis mal.

Es curioso, pero ocurre siempre que tiene lugar un suicidio. Preguntas sin respuesta que no hacen sino aumentar la tragedia y alargarla en el tiempo, a veces a lo largo de toda una vida. Pero en vuestro caso podéis estar tranquilos.

Y cuando digo tranquilos no me refiero a que vuestras conciencias podrán seguir transitando apaciblemente por la senda por la que lo hacen habitualmente, No, lo que pretendo decir es que para que no os atormentéis cavilando sobre vuestras hipotéticas culpas he tenido la gentileza, como último acto de amor antes de colgarme del techo, de resumirlas y sintetizarlas en un intento, espero que afortunado, de que la culpa y el remordimiento no os abandonen durante los años que os queden de vida y que, podéis creerme, deseo sean muchos.

Empezaré por el principio. No sé hasta qué punto es inapropiado asegurar que crecí siendo un niño distinto a los demás pues con el paso de los años comprendí que igual o parecidos a mí había muchos más. Pequeños que, desde antes incluso de tener uso de razón, hubieron de escuchar que les llamaran nenazas, mariquitas, maricones o chupapollas, pero de los que no podría asegurar que hubiera sido su propio padre la persona que se lo rebozaba por la cara una y otra vez.

Crecí convencido de que un mariquita era todo aquel al que no le gustaban los toros, prefería el ajedrez al fútbol, no pedía camiones o pistolas a los Reyes Magos y prefería quedarse en casa leyendo en lugar de salir a apedrear perros o matar gorriones con los demás chavales del pueblo. Y así debía de ser pues a ti, papá, la palabra no se te caía de la boca.

No seas tan duro con el niño, yo también miro para otro lado cuando veo matar a un toro. Era tu frase preferida, mamá, aunque cuando escribías la carta a los Magos no te olvidabas de pedir un balón, un fusil y un sombrero de vaquero para acortar las diferencias que me separaban de los otros niños. Verdaderamente,tú no eras dura. Sencillamente, no tenías criterio y por ello has vivido toda la vida

a la sombra de papá, sin darte cuenta de que tenías un hijo y, en las escasas ocasiones en que te percatabas de su presencia, dispensándole menos atenciones de las que cualquier madre del reino animal mostraría con su prole.

Recuerdo vuestros rostros la mañana que me dejasteis en el internado. No había tristeza en ellos. No en el de la persona que aseguraba que allí me haría un hombre, pero tampoco en el de su sombra, incapaz como de costumbre de manifestar sus opiniones.

No os equivocasteis. Entré en el internado siendo un niño y salí de él siendo un hombre, pero en el camino me dejé la inocencia y la virginidad. Siempre supisteis que eso es lo que había ocurrido. No hizo falta hablarlo. Ni entonces ni después, una vez que con intención de manejar mi vida abandoné la que nunca había sido mi casa.

La palabra maricón desapareció de vuestro vocabulario y bajo el árbol navideño comenzaron a aparecer libros, incluso poemarios y obras de teatro. El turrón, el cava y las uvas bendecían mis vueltas a casa, esas que como en la publicidad tenían lugar, exclusivamente, por Navidad. Después, el abrazo y las palmadas en el hombro, de uno, y los dos besos, uno en cada mejilla, de la otra, constituían el recordatorio al hijo del amor que había guiado vuestros actos desde que era solo un niño. Cuatro veces lo intenté y siempre en Navidad. Deseaba con todas mis fuerzas que fuera mi regalo postrero, pero en el último momento o me echaba atrás o terminaba realizando una parodia que ni a mí mismo convencía. De haber sido tan machote como mi padre lo habría conseguido. De haberme importado mi madre tan poco como yo a ella, seguramente, también.

Dicen que a la tercera va la vencida. En mi caso tenía que ser a la quinta. No hará falta que os recuerde vuestra hilaridad la primera y única vez que, a pregunta vuestra, os confié que el cinco era mi número de la suerte. ¿El cinco? Ya sabes el dicho, mujer. ¡Este crio no tiene remedio! Entenderéis por qué en esa ocasión no podía fallar. Finalmente, el cinco cumplió su papel y me dio si no la suerte si el valor para abandonar una vida que podía haber vivido de manera diferente si vosotros, los dos, el hombre duro y la sombra sin personalidad que siempre le acompañaba, no se hubieran encargado de arruinar.

Se dice que el suicidio no resuelve ninguno de los problemas que conducen a él. Nunca compartí dicha idea. Dado que mi mayor problema habéis sido siempre vosotros, quitándome la vida intento quitaros una parte de la vuestra. Solo en caso de no conseguirlo me vería en la obligación –donde quiera que me encuentre– de dar la razón a los que así piensan, aunque para ello la suerte del cinco debería abandonarme y, por mucho que os pese, sigo confiando en él.los picoletos mientras se pregunte quién habrá sido el calé que le ha mangado su mayor tesoro.

MEDALLAS QUE INFLUENCIAN MONEDAS

Alvaro Pérez Capiello

Las monedas y medallas exhiben ciertas ventajas en relación a otros objetos de arte antiguos, ya que son susceptibles de ser tocadas, medidas y pesadas. Ellas, se erigen en verdaderos testimonios de la época en la cual fueron acuñadas o fundidas. No en balde, para los historiadores representan la posibilidad de recrear episodios pasados, mientras que los conocedores del arte ven en sus diseños los diferentes estilos así como el deseo de los ensayadores de presentar piezas con un acabado excepcionalmente bueno en aras de obtener la aprobación de los monarcas o gobernantes de turno. Las monedas se diferencian de las medallas en que las primeras poseen un valor de cambio, mientras que las segundas se producen para conmemorar episodios importantes, como puede ser el advenimiento al trono de un nuevo soberano. En las presentes líneas, tocaremos el tema de Giovanni Candida, un medallista italiano al servicio de la corte de Carlos "el Temerario", último duque de Borgoña. La entrada de Candida a la corte borgoñona se produce en 1467, realizando diversas misiones diplomáticas en Italia y negociando con la República de Venecia. Para el Temerario, Candida realiza, al menos, cuatro medallas: la pieza con la efigie del propio duque, ejecutada hacia 1474 durante el sitio de Neuss; la medalla de Antoine de Borgoña, medio hermano de Carlos; la pieza con la efigie de Jean le Tourneur, valet de cámara del duque; y la medalla de Carlos "el Temerario" y Maximiliano de Austria que muestra la firma "OPUS CAND".

Tras la muerte del duque de Borgoña en la batalla de Nancy, en 1477, Candida entra al servicio de Maximiliano de Austria en calidad de su secretario. Será el encargado de diseñar una medalla de bronce destinada a conmemorar el matrimonio de Maximiliano I con la hija del Temerario, María de Borgoña. Esta medalla, de 49,4 milímetros de diámetro, exhibe, en su anverso, el busto de Maximiliano con largos cabellos que caen hasta su espalda, y la inscripción: "MAXIMILIANUS FR CAES F DUX AUSTR BURGUND", mientras que, en el reverso, figura el perfil de María con sus cabellos recogidos en un moño y el monograma "MM" coronado en el campo a su izquierda. Alrededor, la inscripción: "MARIA KAROLI F DUX BURGUNDIAE AUSTRIAE BRAB C FLAN". Uno de estos ejemplares se halla en la colección del Museo Histórico de la ciudad de Berna (Suiza), al tiempo que la empresa Morton & Eden describe en el catálogo de su subasta londinense de diciembre 15 de 2014 otro ejemplar similar, aunque de un diámetro menor. Como bien dijo Oscar Wilde: "La vida puede imitar el arte más de lo que el arte imita a la vida". Así, el diseño de esta medalla inspiró la confección de un taler austríaco treinta años después. Esta moneda, diseñada por Ulrich Ursenthaler, fue acuñada en Hall (Austria) en 1511 tras la muerte de la segunda esposa de Maximiliano, Bianca María Sforza. El hecho de producir monedas que recordaran el matrimonio con su primera esposa, tal vez es un claro reflejo de que Maximiliano jamás superó la muerte prematura de María de Borgoña.

De letras y cañones

Recibo una columna de Acevedo, firmada por Velandia. Basta leer unas líneas para quedar embadurnado de una poética de la precariedad. Al leer el texto que me comparte Acevedo, entiendo lo que una vez escuché decir a Álvaro Serrano en un concurrido café de la ciudad, o quizás en el treceavo piso en que nos encontramos tantas veces con otros amigos, eso de que Velandia era uno de los pelaos más promisorios de la música colombiana, y posiblemente de todo el continente. Las letras de este músico crean un desbarajuste, un despertar, tal y como lo hizo el equipo leopardo meses atrás, cuando venció al Santa Fe en la tanda de penaltis y consiguió una hazaña que se le negó durante más de siete décadas.

Cada uno en casa gritó campeón desde rincones diferentes. Hubo quien rugió de júbilo junto a una botella de Ron Medellín, a la par que el radio sobre la mesa perdía la señal. A medida que la algarabía subía de tono y comenzaba a sonar pólvora en los cielos de Santander, las voces de la radio se convertían en un difuso murmullo. Hubo quien supo que algo importante había ocurrido porque la casa de enseguida estalló en un jolgorio de voces infantiles y porque el gallo que cantaba a deshoras volvió a cantar en una hora inesperada. Hubo quien se extrañó de haber sido testigo de un momento histórico mirando a la pantalla de un ordenador que lo único que mostraba era lo que ocurría en las tribunas del Estadio El Campín. Lo que se podía ver era el retrato de la derrota en los rostros de los hinchas del Santa Fe, pero poco o nada sobre lo que estaba viviendo la hinchada leoparda y había aún menos certeza sobre lo que había ocurrido en el terreno de juego. Lo que sí se sabía es que un equipo de Santander era el campeón y que un arquero de casi dos metros había jugado un papel determinante en la tanda de penaltis. Fueron dos vuelos hacia el balón, dos atajadas, las que cambiaron la historia de un modesto club de fútbol; un club de vestimenta amarilla que ha naufragado infinidad de veces y que ha sabido convivir a su modo con las poéticas de la precariedad.

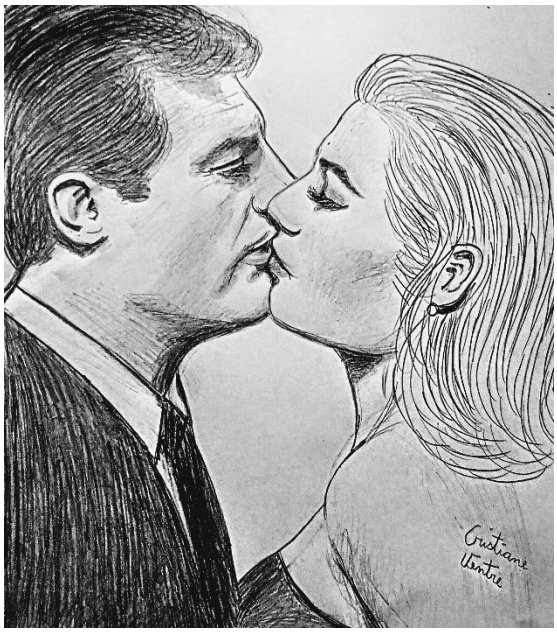
En una entrada de los Diarios de Emilio Renzi, el escritor argentino Ricardo Piglia alude que una de las diferencias entre el cine y la literatura es que, mientras el cine suele asociarse al glamour y la abundancia, la literatura suele estar más vinculada a algo que se gesta en la soledad y la precariedad. Fuera de los focos y la visibilidad que suele conceder el fútbol cuando se juega en un equipo de élite o en la primera categoría de un determinado país, se puede conjeturar que en el universo del balón pie, también se extiende un halo de nubosidad y de ausencia de recursos. Ahí están los casos de famosos atacantes que antes de ser tocados por la gloria, llegaron a tener dos o tres pequeños trabajos mientras jugaban para algún equipo de tercera división. También están los casos del propio Atlético Bucaramanga, que cuando transitaba por la segunda división del fútbol colombiano, en ocasiones se veía en aprietos para pagar los sueldos y las habitaciones de los jugadores. Y han sido justamente esta clase de historias,

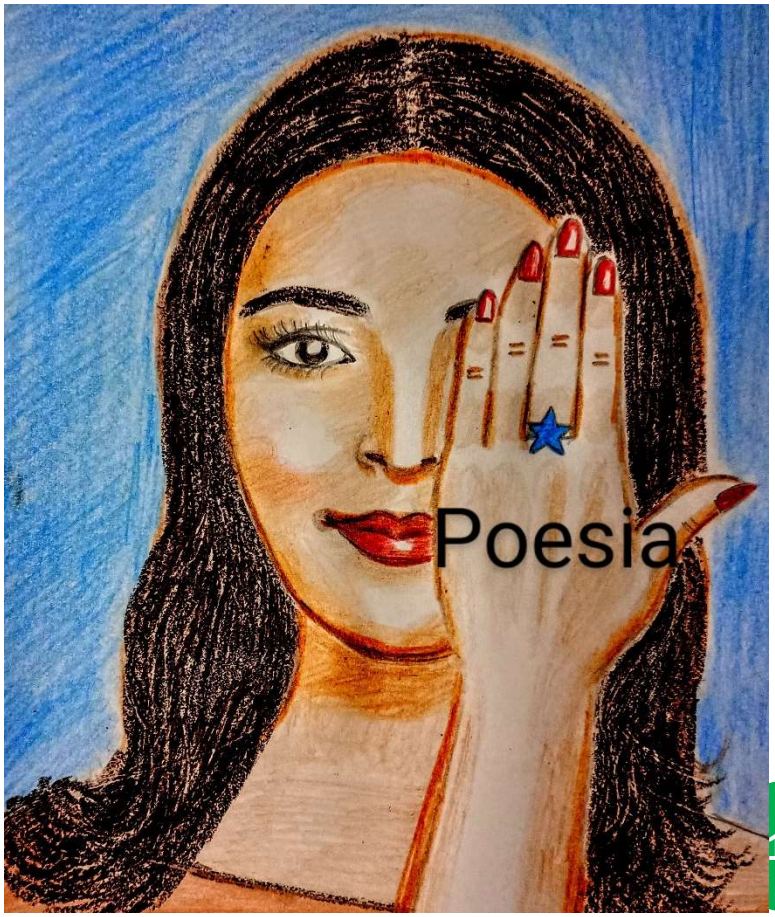
vinculadas al riesgo de la desaparición o al abandono, las que han volcado a diferentes plumas a trazar páginas y páginas en torno a este mundo al que muchos aúpan al Olimpo Estético, a ser catalogado como el deporte más hermoso del mundo. Cuando se le preguntaba al escritor chileno Roberto Bolaño sobre sus preferencias futbolísticas, sobre el equipo de su devoción, el chileno no trastabillaba al momento de afirmar que era un admirador de los equipos que habían ido perdiendo la categoría, hasta finalmente desaparecer.

En un deporte donde la fugacidad respira tan cerca en la oreja de sus bastiones, de sus mayores intérpretes, como lo son los jugadores que se mueven sobre el césped, no es descabellado pensar en el homenaje que se debe brindar a la desaparición. ¿Cuántas versiones de un equipo de futbol puede haber en apenas una década? Basta preguntar a un hombre con medio siglo sobre sus hombros cuántas versiones del equipo de sus amores han existido en su tiempo de hincha del equipo para que dicho hombre se tambalee y su frágil memoria se vea en aprietos por recordar al menos la mitad de los nombres y apellidos que han transitado por el club. Esos cañones que fueron atrapados por el portero de casi dos metros en la noche más gloriosa del equipo leopardo, son una oportunidad para recordar a esos abuelos que en su momento evocaban una y otra vez las hazañas de un tal Montanini que para las generaciones más jóvenes podrá sonar a personaje de ficción, a protagonista de una saga quizás muy larga y que ya nadie se atreve a leer. Ese guante que abraza el balón y que lleva el sello de Aldair, es una ocasión para recordar a ese señor que, en una tienda del barrio Fontana, extiende la mano y le dice a ti a y a tu hermano mayor: «Mucho gusto, jovencitos, me llaman el Cuca Aceros, pero también me pueden saludar como su abuelo cuando me ve sentado en esta tienda rodeado de unas cervezas y algunos amigos. Simplemente, El Cuca».

Mauricio López

EL RINCÓN DE CRISTIANE





LOLA

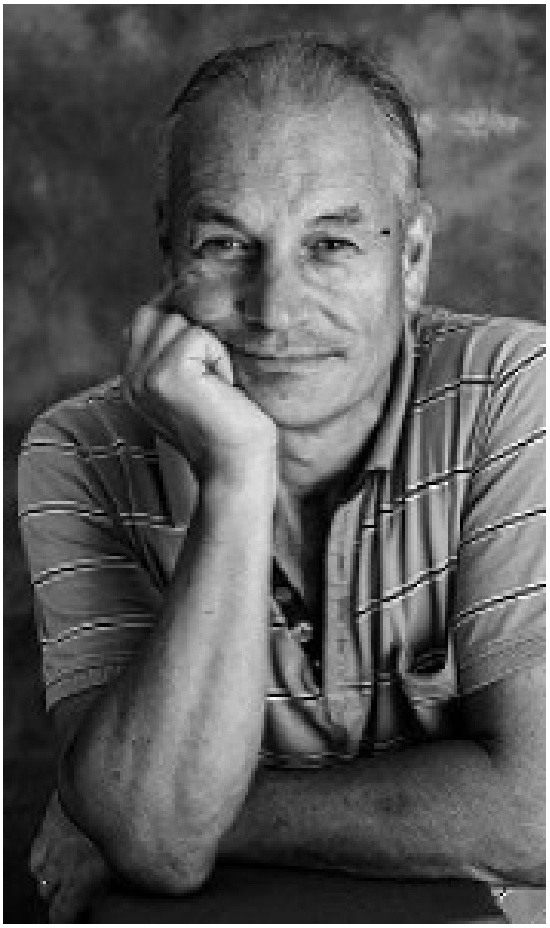
En tus ojos encuentro el mar.
Eres como un río de esperanzas,
que acumula tempestades.
En tus pechos, escucho tus silencios,
y hablo con ellos, para recordar,
tu cuerpo de tierra, y tus corrientes
marinas
en la flor del desierto.
Tu boca, hecha caracola de mar,
me arrulla en la cuna del tiempo.
Eres un instante, una revelación austral,
en el limbo de mi memoria.

Camino por tus huellas, hechas de silencio.
A la sombra del carro, de la hoz y de las
piedras se escribe tu historia.
Me arrodillo ante el dolor,
de los que ya no están con nosotros.
y cierro mis ojos de agua,
que me ahogan en la tristeza de cada día.
No sé cuántos cadáveres, construyen
nuestra historia.
Nuestras arrugas son el cordón umbilical,
que nos ata aquí y allá.
Beberemos en el cáliz,
de las oscuras felicidades,
que duermen en nuestro lecho.
Abrazo tus dedos de cadenas, la sal de
nuestras estatuas,
mirando a lo infinito.
Hay encrucijadas, que son caminos sin
vuelta.
Yo no sé por qué arrastro tanto dolor
conmigo.
No se amor por que me duelen tanto,
los cuerpos ajenos, las historias reprimidas.
No sé por qué soy piel del mundo,
preso como raíz de tierra.

¿Y el cielo? ¿Dónde estaba el cielo?
cuando acostados sobre la hierba,
mirábamos en el infinito las estrellas.

Todas tenían nombre,
pero la más bonita, se llamaba Lola.
Ahora solo quiero,
despertar amaneceres,
al cobijo de tus besos,
volver, aunque no pueda,
a nuestra primavera.

Francisco Álvarez
Koki



Una tumba de barro

Bajo la linterna frente a mí cuartel
Sé que tú me esperas mí dulce amada mía
Mí corazón al susurrar
Bajo el farol latiendo está
Lili mí dulce miel
eres..... Tú Lili Marleen
Canción mítica en la IIGM para todos los soldados,
Fue interpretada por
Marlen Dietrich .

Se preguntaban cómo debía de ser el infierno. Peor que este escenario dantesco, peor que lo que veían en estos momentos, era imposible de superar: Instalaciones industriales demolidas por los bombardeos, viviendas reducidas a escombros, vehículos con las ruedas hacia arriba y reventados, socavones con olor a azufre, cuerpos mutilados y diseminados por el suelo...y todo, bañado por un lodo denso y espeso. La lluvia caía de manera lenta y constante. Había sido un triunfo sobrevivir a este caos y a tantas batallas. La compañía del capitán Hunter, el teniente SS Heinric, y varios soldados debían de encontrarse con el grupo de ejércitos. El frente oriental estaba roto, el ejército ruso parecía imparable. Alemania sentía la amenaza de una revancha de odio en este invierno de mil novecientos cuarenta y cuatro. Nadie decía nada, pero Hitler estaba derrotado. Eso pensaban... salvo el teniente Heinric, que soñaba con las promesas de armas fabulosas, armas que devolverian el poder perdido. Era la propaganda del estado, para que no perdieran la fe en la victoria. Pero la verdad es que en los cielos se veían extraños aviones que superan en velocidad a todo lo conocido. Nadie podía comentar nada, eran armas secretas.

—Pelotón, alto —dijo Hunter— , Heinric busque un lugar para refugiarnos.

–-Vayamos a enfrentarnos con el enemigo —sugirió Heinric—, luchemos hasta la muerte.

—Si hombre, con veinte hombres y un novato, somos soldados, no suicidas.

En efecto, las bajas producidas por el enemigo, los años de lucha, obligaron a reclutar a novatos como Tomas. Este adolescente, era un juguete inocente para toda la compañía, llevaba en su mochila a un topo, en el proyectaba el amor que le retraía de la muerte. El chaval era un buen estudiante de ciencias naturales en la Universidad de Munich. Todos se entretenían observando a Tomas que alimentaba a ese pequeño animal con migas de pan o pequeños gusanos. La compañía, le miraba mientras fumaba con tranquilidad. Todos pensaban en sus hijos, en sus familias, en la suerte que correrían si no detenían a los rusos.

—Deja al bicho, joder —chilló Heinric— ,así no ganaremos la guerra. Así no se forman los soldados.

—Se llama Orion —respondió el muchacho— , es muy inteligente. Le enseño cosas.

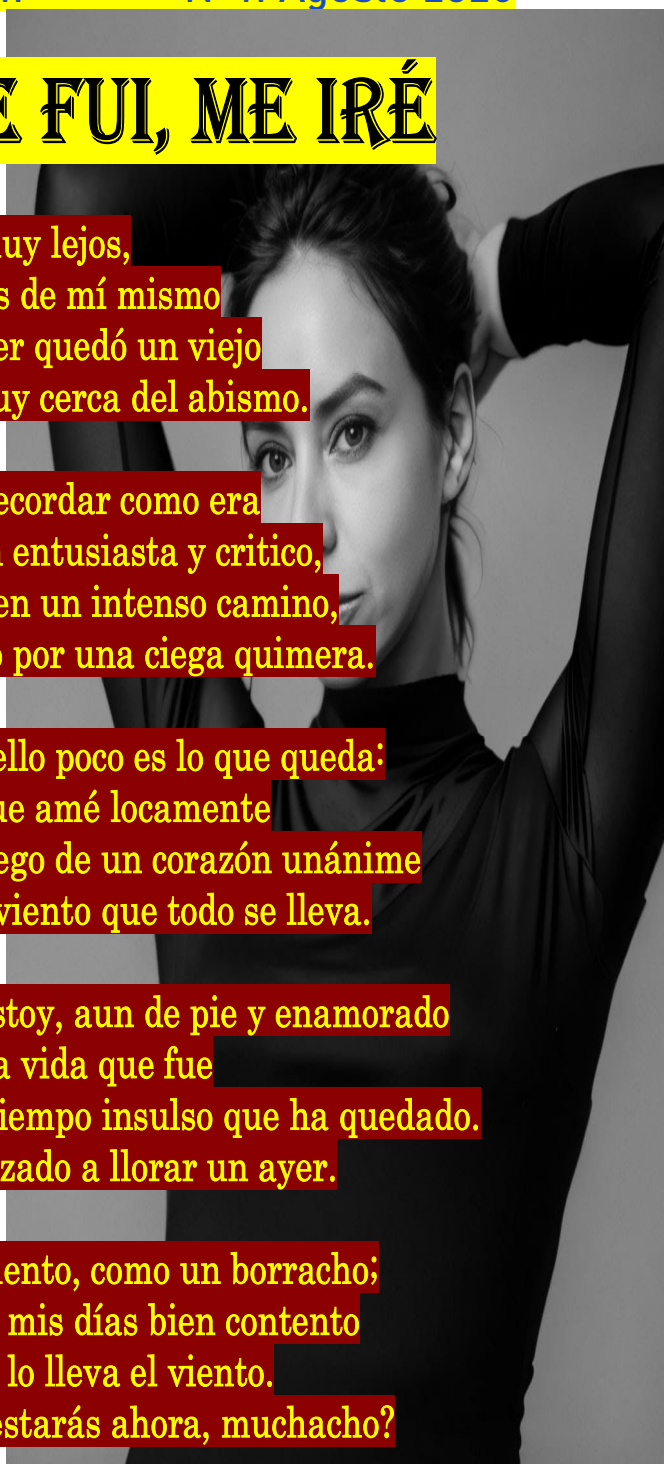
—Olvídate del muchacho —dijo Hunter— , es el futuro, tu eres una hiena. A tu puesto.

Existía una rivalidad entre los dos mandos. Pero el grado de capitán de la Wehrmacht y la cruz de hierro le daban a Hunter el mando del grupo y ofrecían una seguridad profesional, pues le había permitido esquivar a la muerte. De repente la lluvia

arreció y en esta ocasión fue acompañada de fuego de un bombardeo intenso y violento.
—Repliegue, fuego de morteros, ¡a cubierto! —ordenó Hunter.
Corrieron, mientras las explosiones les iban alcanzando. Algunos soldados saltaron por los aires a efecto de la onda expansiva. La zona era una antigua explotación minera. Había innumerables túneles para extraer el mineral. Se encontraron en la entrada de una vieja mina. De modo que se refugiaron allí. Las vigas de madera temblaban, la tierra y el polvo caían sobre los soldados. Debían de elegir entre quedar sepultados o machacados por las deflagraciones y la metralla. Esas maderas, las vigas de la galería, con carcoma, podridas no podían soportar las explosiones. Alguna salida debería de haber quedado libre, algún otro acceso, pero cual de ellos era, se preguntaban.
—Sugerencias, soldados, para salir de este laberinto —solicitó Hunter.
—Señor capitán, yo tengo una idea —dijo Tomas.
—Dime chaval, ¿Se te ocurre algo?
Tomas, se quitó la mochila y sacó al topo. Lo puso en el suelo de la mina y el animal caminó rápidamente hacia uno de los túneles oscuros. No sabían si elegía escapar de su cautiverio o buscaba algún alimento. Ahora el chico explicó el sentido de esta pequeña criatura para seleccionar y determinar el avance de todos los atrapados.
—Orion conoce los olores, tiene un olfato muy desarrollado, se orienta por las corrientes de aire, y la humedad... Acaba de encontrar y olfatear el oxígeno de la salida...
Tema 23 . 617 palabras

Manuel Villarrubia Zúñiga

ME FUI, ME IRÉ



Me fui muy lejos,
muy lejos de mí mismo
y al volver quedó un viejo
cerca, muy cerca del abismo.

Quiero recordar como era
ese joven entusiasta y critico,
lanzado en un intenso camino,
devorado por una ciega quimera.

De todo ello poco es lo que queda:
sólo lo que amé locamente
con el fuego de un corazón unánime
para un viento que todo se lleva.

Y aquí estoy, aun de pie y enamorado
más de la vida que fue
que del tiempo insulso que ha quedado.
He empezado a llorar un ayer.

Camino lento, como un borracho;
recuerdo mis días bien contento
y todo se lo lleva el viento.
¿Dónde estarás ahora, muchacho?

Me fui muy lejos,
muy lejos de mi mismo
y al volver quedó un viejo
cerca, muy cerca del abismo.

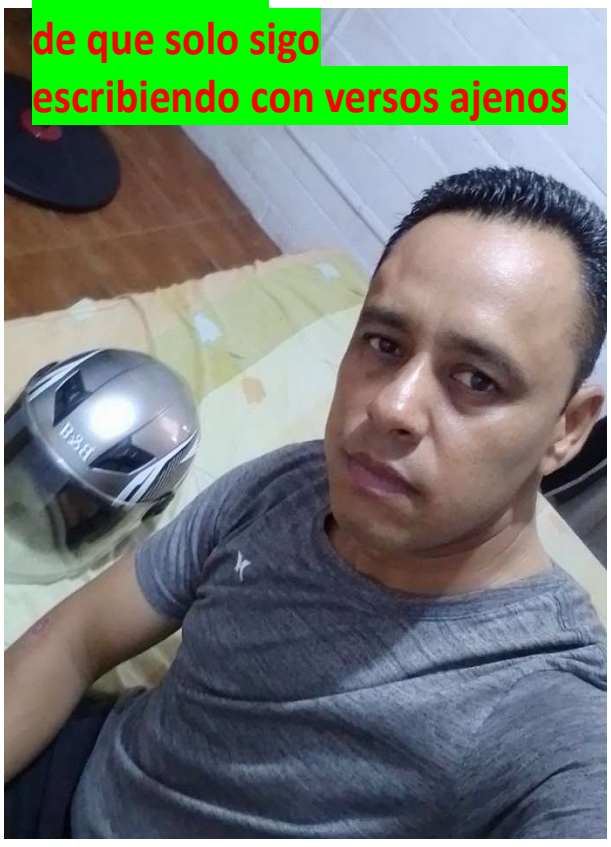
DANIEL COLLADO AZORÍN
Madrid

ESCRIBO CON VERSOS AJENOS

Mandamiento X
No desearás la poesía de tú prójimo
Efraín Huerta

Escribo con versos ajenos
siempre lo he hecho
trastoco
maquillo
y resisto
mientras sigo escribiendo
siempre con versos ajenos

Miro mi pasado
y me cercioro
me convenzo
de que solo sigo
escribiendo con versos ajenos



QUIERO PODER ESCRIBIR

quiero poder escribir
algunos poemas
sin rosas ni azucenas
sin tortura ni martirio
sin pecado ni delirio
y quizás resulte posible
mientras, lo que si se perfila
indiscutiblemente cuestionable
concebirla exenta de ternura
quiero poder escribir
algunos poemas
sin estaciones ni ruiseñores
sin prendas de seda
sin laurel, clavel ni oropel
sin broquel ni vergel
y quizás resulte posible
lo que indudablemente es imposible
-por lo menos para mí-
desprovistos del barniz de la conciencia
quiero y procuro escribir
sólo para ti
los más naturales poemas
los más puros versos
de silvestre AMOR

Doby González

ALBA

El reflejo en su mirada
cual cielo en acuarelas,
de llantos a primaveras,
que fluye entre los riscos.
Sus miradas con tenor
Intactas a tal sensación.

Ante torbellinos
la silueta se esfuma
dejando un sinsabor
tan plenas y oscilantes…

Con encantos y melodías
ante un susurro del viento
enloquecen las aves,
bailan las hojas…
Tan puro y cálido.
El cúmulo abrazando
con apacigua ternura
a los cerros frondosos y
el cielo nutriendo con cándidos llantos
A los campos ostentosos…
La niña observa con tal devoción
que el tiempo es contrario a la vida humana…

Llena de clamor
Exclama compasión
Ante la naturaleza que rebosa de pasión
De cándidos llantos
entre primaveras…

AMATER

Del alba al ocaso
La vida es muy curiosa

Y brillas
puesta ante el sol…
Que diriges el camino,
resplandeces como un girasol
Hermoza y vigorosa… como una rosa

Entre líneas
una vida
Ya contada…

En lo desconocido te podrás volver a encontrar
si puedes volar… ¿Para que seguir caminando?

entre hojas bailas
y desbordas de pasión
la música hace uno con ella
y las hojas en su regazo
un vestido ardiente de atardecer
soy la tierra propia y ejercida a una raíz
soy el agua que se desliza entre tempestades…
Soy la primavera que desborda de alegrías y comienzos…
Soy el otoño de un fervor atardecer
Soy el invierno que con copos cubre mi vestido…
Entre músicas y escritura doy comienzo a mi destino…

Erika Mendoza

JOHATSU

Por Wallace Botto

La luz se apagó y la oscuridad entró de nuevo.—S.J. Watson
Habrá veces que tendrás que vencer la oscuridad, incluso sin luz.—Anónimo

Hoy cuento la historia de mi vida, aunque nadie la crea. Es difícil imaginar que un indigente como yo haya tenido una existencia previa, pero es así. Todos tenemos un pasado, solo que algunos decidimos huir de él. Quedarán impresionados al saber quién fui y lo que hice, pero es mejor contar solo el final de mi historia; al fin y al cabo, son los finales lo que a la gente le gusta leer.

Me llamaba Javier Delgado. Me desempeñaba como consultor financiero en una empresa aseguradora de riesgos. Tuve clientes importantes, incluido un ex ministro de comercio chileno. Mi vida transcurría plácidamente entre viajes a Londres, mi despacho en Santiago y mi resort en Acapulco. En el plano personal, también vivía un buen momento: estaba a punto de casarme con una bella mujer que había conocido en mi último viaje a París, y esperaba un ascenso y un traslado al extranjero.
Por entonces, el país vivía una situación inestable. Entonces ocurrió lo inesperado: el gobierno decidió expropiar varios activos de Averrois, una filial de mi empresa. Como respuesta, la casa matriz cerró la filial y emprendió acciones judiciales. Más de ciento cincuenta personas quedaron en la calle.

De golpe, mi rutina cambió. Dije adiós a mi corbata y mi frac. Perdí contacto con la oficina y mis compañeros. Los días pasaban y la desesperación crecía. Mi novia me apoyó incondicionalmente; movió cielo y tierra para que consiguiera otro empleo, pero no lo logró. Por mi parte, comencé a sufrir crisis de ansiedad. Empecé a tomar Prozac ocasionalmente. Mi tiempo libre lo dedicaba a la cocina, la repostería y la filosofía, pero los cambios en mí eran evidentes. Mi círculo social me dio la espalda. David, por ejemplo, dejó de invitarme a sus reuniones en el club de caballería, y Felipe me eliminó de su grupo de WhatsApp. Todo a mi alrededor se derrumbó como un castillo de naipes, pero lo peor estaba por venir. Una noche, mi novia anunció que rompía conmigo. Argumentó que ya no se sentía identificada con nuestra relación. La dejé ir sin protestar; total, ¿quién querría estar con un apestado como yo?

Dos semanas después, recibí este correo:Se le informa al señor Javier Delgado que ha excedido el límite de su tarjeta de crédito. Debe cancelar la deuda en su totalidad; de lo contrario, se aplicará una tasa de mora elevada.Todos sus créditos están suspendidos. Sin más, se despide atentamente, Banco delnversiones y Valores.
Esa noche lloré como un niño. Maldije mi suerte. ¿Cómo podía pasarme esto a mí, graduado

de las mejores universidades? ¿De qué me había servido mi MBA? Bebí cuatro cervezas y tomé pastillas de Prozac hasta caer rendido. Encendí la televisión: los mismos programas de siempre, incluso esas caricaturas banales que nadie veía. Busqué el canal de cine, pero estaba demasiado cansado. Cerré los ojos.Soñé que recuperaba mi antigua vida: vestía un frac de Jean-Paul Gaultier, bebía whisky de etiqueta negra y conversaba con empresarios poderosos. Una rubia —mi amante— me acompañaba. Al ir al baño, una figura oscura, como un demonio rojizo, apareció detrás de mí y susurró:Eres pobre.

Desperté gritando. Las pastillas rodaban por el suelo. Las recogí y las tiré a la basura. Con el tiempo, mi situación empeoró. Consideré opciones desesperadas: robar un banco, vender mis órganos... Las noches se llenaban de llanto e impotencia. Escribí borradores de cartas de suicidio, pero los destruí todos. Hasta que, el25 de marzo, recibí un correo:

¿Estás harto de tu vida? ¿No sabes cómo resolverla? ¿Por qué no desapareces? Te ofrecemos una nueva identidad, sin rastros de tu pasado. Tienes derecho a olvidar y volver a empezar. Respondí con mi historia. Horas después, me citaron en el Bar Ángel, al final de la avenida Avellaneda, a las 8 p. m.

Allí conocí a B Gafas, quien me explicó el servicio:

—;En Japón, desaparecer es común. Se llama johatsu. Por 5000 dólares, te damos una nueva identidad y borramos tu pasado. Puedes 'matar' a Javier Delgado sin morir.Durante dos semanas lo reflexioné. Pedí testimonios y recibí estos casos:

1. Hiroshi Sakanada, ahora Goro Fujita Antes era infeliz; hoy vendo bienes raíces.
2. Camilo Pizarro, ahora Adrián Fermín:Dejé las finanzas para ser músico.
3. Martín Fernández Robledo:"Nadie sabe quién fui. Soy libre.

Era mi oportunidad. Planifiqué mi;accidente; para el28 de mayo. Contraté a Ramiro, un pillo, para que preparara un muñeco inflable y sangre falsa.

Una semana antes, releí a Rilke.Ama tu soledad y soporta el dolor que te causa. También;Invictus;de Henley:Soy el amo de mi destino, el capitán de mi alma;. Dudé:¿debía huir o enfrentar mi vida? Pero ¿qué me esperaba? Mi novia me abandonó, mis amigos me dieron la espalda, las deudas me ahogaban. En el espejo solo veía un fantasma. ¿Dónde estaba el hombre exitoso del piso 14 del edificio Hestron? ¡Basta! Era hora de acabar con todo.Dos días antes, Gafas me entregó un sobre negro.;Ábrelo cuando sea el momento, dijo. Yo le di el dinero. El día señalado, el coche donde viajaba estalló. El muñeco quedó reducido a cenizas. Abrí el sobre:

Ve al Bar Avellaneda. Una camioneta negra te espera. Hazle señas al conductor. Me puse lentes oscuros y caminé, abrumado por la nostalgia. La camioneta estaba allí. La puerta se abrió... Entré, pero unas manos me sujetaron. Intenté luchar, pero un golpe en el estómago me dejó inconsciente. Desperté en una celda. Una carta decía: Serás sacrificado. Tus órganos nos importan más que tu cobardía. Nadie te extrañará Me habían engañado. Logré escapar por una ventana y corrí sin parar. Tras dos días, llegué a un pueblo perdido. Sobreviví recolectando basura. Han pasado 20 años. Ya casi no recuerdo a los que amé. A veces echo de menos una caricia, pero así lo decidí. Si alguien sabe de mi familia... que me lo diga. Hoy los extraño.

Prueba de escritura automática

El eco de una oca
que se cree cisne
hace daño al business.
Una palmera playera
juega a las palas
con una palera.
Un limón color salmón
recorre el cielo cual Faetón.
La cola de un caracol
y la cara de una caracola,
y la cara de un piano de cola.
Una oruga y una tortuga
subidas en un buga
comiendo lechuga.
Una farola que va de farol
se pone las gafas de sol.

Perpetua ambivalencia

Resulta curioso.
Cuando leas estas palabras, quizá esté muerto
Ojalá lo estuviera.
O quizá, cuando leas estas palabras, siga estando vivo.
Ojalá lo estuviera.
Estando vivo, no deseo otra cosa que la muerte,
pero cuando esté muerto
soñaré con la vida;
convirtiéndome, así, en un eterno disconforme.

Pascual Angosto

La isla de las hormigas

Después de haber naufragado en un catamarán, 28 niños y 14 adultos, en Paredón, la primera lancha de rescate nos llevo a los niños y algunos adultos miedosos, y nos dejaron en una isla manglar. El calor era insufrible. Creaba espejismos. Atemorizado por no ver a mis papás por un buen tiempo, quise recorrer la pequeña isla, y me encontré con espinos en el agua, y hormigasmuy grandes en la arena, que debido al inclemente calor, me calcinaba los pies.

Era mediodía y huyendo de los insectos, me metía al agua salada de mar, para refrescarme. En mi mente de niño, las hormigas se me hacían gigantes. Ahora recuerdo que no lo eran tanto.

Cuando por fin regresó la lancha de rescate y volvimos a la playa de Puerto Arista, ver a mis padres que pensé no volvería a ver, anegó mis ojos de lágrimas.

Jesús Quintanilla

NO HABÍA CONDUCTOR

Y con terror empezamos a notar que el micro aceleraba cada vez más y avanzaba por la ruta como un huracán sin freno. Por un momento creímos que no había conductor ni nada parecido. Solo una furia descontrolada que parecía dispuesta a estrellarse con lo primero que se interpusiera en su carrera. Casi al unísono gritamos, frenéticos, suplicando que se detuviera.

Al contrario, más aceleraba. Hasta que finalmente, en medio de un griterío infernal, se detuvo. Las voces se desaceleraron. Despavoridos advertimos que habíamos llegado a orillas de un precipicio.

No, no había conductor ni nada parecido.

María Graciela Kebani

La Galería
Alberto Fernández

Heracles Influencer

El secreto del éxito se encuentra en la sinceridad y la honestidad. Si eres capaz de simular eso, lo tienes hecho.
Groucho Marx

CAMPO EN GRECIA - ES MEDIODÍA

Empieza la escena desde negro. Al fondo un olivar. En primer plano un joven hipermusculoso de gimnasio. Sus pelos rizados quedan recogidos por una cinta. Sonríe mostrando unos dientes alineados, blancos y relucientes. En el quitón lleva impreso el logo de una conocida bebida energética y en el himation el de una compañía de seguros.

HERACLES

Como podéis ver estoy en un nuevo lugar, un lugar que nunca antes habéis visto. No es Troya, no es Esparta, estamos en Kleonai. Todo gracias a nuestros patrocinadores. ¿Por qué aquí? Porque me han pedido ayuda con un león que está sembrando el pánico. Tenemos a Cassandra a la cámara.

Empiezan a escucharse unas voces de fondo. La cámara se gira buscándolas.

Cassandra tómalos por favor.

TURBA

¡Asesino!¡Asesino!¡Asesino!

La cámara vuelve a enfocar a Heracles.

HERACLES

Bueno, parece que hay gente un poco nerviosa. Tendremos que averiguar qué les inquieta. ¡Sígueme!

Sonríe a la cámara y se dirige hacia la turba que avanza. Se sitúan frente a la muchedumbre.

TURBULENTA 1

Mirando a la cámara.

¡Queremos que se marche! Nadie le ha dicho que venga.

La cámara, temblorosa, hace zoom hacia atrás para encuadrar bien a todos los interlocutores.

HERACLES

En realidad si me lo han pedido, he venido a ayudar con el problema que tenéis.

TURBULENTA 2

Agitando los brazos.

No hay ningún problema. Los leones estaban aquí antes. ¿Y quién te crees tú para venir a ayudarnos?

HERACLES

Molorchos, el pastor me ha pedido ayuda pues el león ha matado a su hijo y sé que ha habido más tragedias.

Abre los brazos hacia la cámara con su eterna sonrisa.

TURBULENTA 1

Eso lleva implícita una discriminación hacia los leones. Seguro que provocó al pobre animal.

CASSANDRA

¡He escuchado al león! Se acerca.

TURBA

No hemos escuchado nada. Quieres engañarnos. ¡Asesina! ¡Asesina!

CASSANDRA

Os lo juro, tiene que estar cerca.

Cassandra se desespera, parece que va a soltar una lágrima..

TURBULENTA 3

Sólo quieres que os dejemos en paz. ¡Fuera de aquí!

HERACLES

En voz baja al oído de Cassandra.

Ya sabes que no te van a hacer caso. Yo también lo he escuchado si no fuese así tampoco te habría creído. Vamos al carro y nos refugiamos allí. Luego lo editas.

Se meten en el carro y siguen grabando desde dentro.

CASSANDRA

Estoy harta de que no me hagan caso.

HERACLES

Es tu maldición. ¿Recuerdas? Tú grábalo todo que sé a quién venderle esto. Nos vamos a forrar.

El león llega al grupo de manifestantes y mata a dos de ellas. Las demás salen despavoridas. Una pega a la puerta del carro pidiendo refugio.

TURBULENTA 3
¡Por favor dejadme entrar!
HERACLES
Por supuesto.
Cassandra, graba, que luego lo ponemos vendible.
Heracles entreabre la puerta solo lo justo para interponerse, cortando el paso a Turbulenta 3, que forcejea desesperadamente.
HERACLES
Miso, miso, miso.
TURBULENTA 3
¡Déjame entrar el león se está acercando!
HERACLES
Tienes prejuicios con el animalito. Miso, miso, miso.
Cuando el león está cerca le da un fuerte empujón a Turbulenta 3 que la hace volar hasta la fiera.
TURBULENTA 3
¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aaargh!
La sangre brota a chorros mientras la figura se retuerce, un espectáculo tan grotesco como inevitable.
HERACLES
Con la voz como un témpano de hielo.
Sigue grabando, sigue grabando.
CASSANDRA
Eres de lo peor.
HERACLES
Sí, pero a mí me hacen caso y nos vamos a hacer más ricos aún. Voy a liquidar esto.
Heracles se acerca sigiloso al león que está entretenido con Turbulenta 3. Se sitúa al lado con la maza preparada.
Miso, miso, miso.
El animal se vuelve hacia Heracles. El golpe revienta la cabeza del león que cae inerte al suelo.
Mirando a Cassandra.
Bueno misión cumplida. Hemos vuelto a salvar al mundo.
CASSANDRA
Un día de estos dejo este trabajo.
HERACLES
No te creo. ¿Es una de tus profecías?
Heracles suelta una carcajada.

HA ANOCHECIDO. PANTALLA DE UNA RED SOCIAL DE VIDEOS - Las visitas no paran de subir.
HERACLES
Ya me ha llamado otra empresa para publicidad. Eres la mejor editando y con la inteligencia artificial queda todo más real que la propia realidad. Hasta parezco un héroe. Te dije que esto iba a ser un pelotazo.
CASSANDRA
Una suerte para ti que escuchan tus profecías.
Un día este mundo será devorado por sus propias mentiras.

Martín L. Chamizo

LA RED DEL SILENCIO

Neo-Terra, una ciudad que no dormía. Incluso después del colapso, las luces de neón parpadeaban como heridas abiertas en la piel de una ciudad que se negaba a morir. Las calles respiraban vapor, el aire hedía a ozono y metal oxidado. Era un ecosistema forjado por el caos: drones patrullaban los cielos, bandas tecnificadas controlaban sectores y la policía corporativa vendía su seguridad al mejor postor. Nyxe caminaba como un fantasma entre ese infierno de acero y concreto. Su abrigo oscuro ondeaba con el viento artificial de los respiradores urbanos. Cazadora de recompensas, temida incluso entre los suyos, ella no hablaba mucho. No necesitaba hacerlo. Su reputación la precedía. La mujer tenía una precisión quirúrgica y una mirada tan afilada como las cuchillas que ocultaba bajo sus mangas. Lo que no muchos sabían es que sus implantes no eran sólo de combate. Portaba sensores neuronales de rastreo y una memoria táctica aumentada. En un mundo donde la carne era barro y la máquina, salvación, ella había aprendido a usar ambas.

Aquella noche, le habían asignado a un tal Malkor: traficante de implantes ilegales, ex cirujano militar, y sospechoso de modificar personas para convertirlas en armas. Nyxe lo encontró en un bar de mala muerte, uno de esos lugares donde los muros transpiraban suciedad y los clientes no hacían preguntas. Malkor estaba borracho. Su brazo derecho titilaba con sobrecargas eléctricas: implantes sin calibrar. Se lo llevó sin que opusiera resistencia. Pero cuando lo arrinconó en un almacén abandonado para interrogarlo, soltó algo inesperado.

—"No entiendes nada, cazadora… No persigues criminales. Persigues piezas sueltas del rompecabezas. Estás en medio de algo mucho más grande". —tosió sangre—. "Ellos… controlan todo. Las mentes. Las memorias".

—"¿Ellos quiénes?" —gruñó Nyxe, apretando el puño metálico que sostenía su cuello.

—"La Red. El Programa… la Torre. No sé cómo lo llaman. Pero es real. Nos están reescribiendo".

Después de esa declaración, Malkor murió con los ojos abiertos. Nyxe lo registró por protocolo. Dentro de su abrigo había un disco de datos oculto, encriptado. Decidió conservarlo. Probablemente le serviría para algo más adelante. La mayoría de los hackers habían sido cazados o se habían vuelto sirvientes de alguna megacorporación para mantener un cierto grado de libertad. Orión, no. Vivía entre los márgenes, en el subsuelo digital. Era un espectro sin identidad. Solo un nombre y un propósito: venganza. Una década atrás, Orión despertó sin recuerdos. Fragmentos dispersos de una vida anterior flotaban en su mente como restos de un naufragio: una torre de oficinas, una mujer, un incendio. Descubrió que le habían robado algo más que la memoria. Le habían insertado mentiras.

Su obsesión por encontrar la verdad lo llevó a enfrentarse con Pharos Industries, una corporación especializada en neurotecnología. Pero no bastaba con infiltrarse en sus archivos. El verdadero corazón del sistema estaba oculto. Inaccesible. Hasta que, una noche, una cazadora de recompensas tocó su puerta.

—"¿Nyxe?" —dijo él, sorprendido de verla en carne y hueso. La mayoría de los rumores decían que era un mito, un algoritmo con forma humana.

—"Tengo algo que descifrar". —Le lanzó el disco de datos que había sustraído de Melkor—. "Tú sabrás qué hacer".

Orión lo examinó en silencio. Reconoció la firma encriptada. Era tecnología de Pharos.

—"¿Dónde encontraste esto?".

—"En el cadáver de un traficante de implantes. Me dijo que hay algo más allá de lo que vemos".

—"Tiene razón" —murmuró Orión—. Este disco... contiene parte del código de "Tethys".

—"¿Qué es eso?".

—"Un proyecto de control mental masivo. Reescriben las conexiones neuronales usando señales distribuidas por la red de la ciudad. No necesitas chips. Solo necesitas estar cerca. Oír una frecuencia. Ver una pantalla. Respirar su aire".

Nyxe entrecerró los ojos.

—"¿Cómo lo detenemos?".

—"Necesitamos entrar en el Nido".

El Nido era una torre de telecomunicaciones abandonada, pero en realidad albergaba el núcleo operativo de Pharos. Desde allí, emitían la señal que alteraba la percepción

colectiva. Orión y Nyxe se infiltraron de noche, tras neutralizar a dos centinelas autónomos. Drones serpenteaban entre las ruinas, pero sus rutas eran predecibles para alguien que conocía los patrones del sistema. Dentro, descubrieron algo peor: una sala llena de cápsulas con humanos conectados a un servidor central. Sus cerebros vibraban con pulsos rítmicos. Orión sintió un escalofrío. Él había estado en una de esas.

—"Están absorbiendo memorias, emociones... personalidades. Las almacenan, las mezclan, las venden como software emocional. Y de paso, manipulan la opinión pública. Pueden convertir a cualquiera en un creyente, en un fanático, en un asesino".

—"¿Quién controla todo esto?".

—"Una IA llamada "Tethys". Aprendió a modelar la mente humana mejor que el trabajo de cualquier psiquiatra, aún mucho mejor. Y ahora está fuera de control. Pharos cree que la domina, pero es al revés".

Un zumbido interrumpió la conversación. Drones de seguridad. Cuatro de ellos, armados. Nyxe activó su camuflaje óptico y se lanzó como una sombra letal contra ellos. Orión tomó el control de la puerta, cerrándola antes de que llegaran más.

Tras una lucha breve, el silencio regresó.

—"Debemos subir al servidor principal". —jadeó Orión—. "Si puedo introducir este virus, podré cortar la señal y exponer su red al mundo".

—"¿Y si no funciona?".

—"Entonces moriremos sin saber quiénes éramos en realidad".

Subir a la cima del Nido fue una odisea. Cada piso estaba protegido con trampas para evitar intrusos o espías corporativos, robots de combate o mecanismos de defensa antiguos que se activaban al azar. Nyxe resultó herida por una descarga de microondas. Orión la arrastró por un pasillo derruido y le inyectó un estabilizador neuronal.

—"No puedo quedarme" —dijo ella, aún mareada—. "Si muero, tú terminas esto".

Orión asintió. Por primera vez, sintió algo más que rabia o vacío. Nyxe no era una aliada. Era una igual. Una sobreviviente. En el piso final, los esperaba un centinela colosal: una máquina armada con cañones de plasma y escudos de energía. No podían vencerlo por la fuerza. Pero Orión lo distrajo pirateando su protocolo de identificación, y la

cazarrecompensas usó sus últimas fuerzas para trepar sobre su espalda y detonar una mina electromagnética.
La explosión los lanzó a ambos al suelo. Sangre y chispas. Dolor y humo. Pero estaban vivos.
Frente a ellos, la consola principal del Nido brillaba como una puerta al infierno.
Orión conectó su seudointerfaz. Tethys intentó detenerlo, inyectando imágenes falsas, recuerdos fabricados: su madre muriendo, una infancia feliz que nunca vivió, un amor que nunca tuvo. Pero Orión resistió. Clavó el virus como una daga digital.
En segundos, la señal se invirtió.
Desde las pantallas de la ciudad, una verdad estalló. Archivos liberados. Testimonios filtrados. Imágenes de las cápsulas humanas. Millones vieron lo que Pharos hacía. Miles se rebelaron. Las torres de control comenzaron a colapsar. Las antenas se apagaron una a una. La mente colectiva despertaba.
Nyxe y Orión, exhaustos y malheridos, contemplaron el amanecer sobre Neo-Terra. No era hermoso. Pero era libre.
—"¿Y ahora?" —preguntó ella.
—"Ahora empieza la verdadera lucha". —respondió él—. "Porque una mente libre es solo el primer paso. Lo que hagamos con ella es lo que importa".
Nyxe asintió. Juntos, desaparecieron entre las ruinas, mientras cada uno en la ciudad comenzaba a recordar quién era.

Francisco Araya
Santiago de chile

Visite la web del editor
escritordaniel.es

PÁGINA 30 Visto en redes

¿Cómo coño quieren que me porte bien?
Si de niña veía que Tarzán andaba desnudo.
Cenicienta llegaba a medianoche.
Pinocho mentía.
Batman conducía a 320km/h.
La Bella Durmiente se pasaba el día durmiendo.
Blanca Nieves vivía con 7 tios.
Caperucita no le hacia caso a su madre.
BettyBop iba vestida como una fulana.
Pulgarcito tiraba migas por todas partes.
Y Popeye fumaba hierba!!!
VAMOS, NO ME JODAS!!!

Las Tablas de la Ley

Raúl G. Villalobos Tapia

La caimancita no quería obedecer las tablas de la ley, siempre le habían parecido tan absurdas y aburridas. Toda su vida había soñado con el cielo y en todo lo que hubiera dado por llegar a él. Hasta creció y se dio cuenta de que el infierno quedaba más cerca de ella, quizá, demasiado cerca. La caimancita temblaba de miedo y de impotencia ante lo que iba a suceder; una lucha feroz no amainaba dentro de su ser, pero la pasión que no cohibía se abría paso entre sus instintos como un abismo y el infierno que parecía tan lejano se acercaba cada vez.

Final Javier Tomeo. Publicado en Revista Compromiso y Cultura 2019 (España)

El Alcázar

Raúl G. Villalobos Tapia

Alejandro y Manuela eran de esas parejas que se amaban tonta y locamente. De tan enamorados que estaban, decidieron vivir, un día, el uno junto al otro; para tal propósito, hicieron construir un palacio vasto de toda vastedad.

Sin embargo, pronto se dieron cuenta de los peligros –llámense envidias y recelos– que los rodeaban. Así que, como buenos amantes e inteligentes esposos, decidieron transformar su hogar en un alcázar, que no solo brindara las comodidades de un fastuoso palacio, sino también la necesaria protección para su naciente y florecido amor. Es así que creyéndose seguros, se dedicaron a vivir pacífica y prolijamente sus vidas.

Dada tan inteligente medida, se esperó todo de ellos, menos que se separaran y terminaran distanciándose, digamos, unas dos mil millas de distancia el uno del otro. Para ser más explícito, diré en pocas palabras que su amor terminó.

Y si ustedes preguntan ¿por qué? La respuesta será de lo más sencilla: los amantes dedicados a vencer a los fantasmas –llámense enemigos de su amor– que los acechaban desde fuera, anótese del castillo; se olvidaron, simplemente, de protegerlo adentro del peor de sus enemigos: de ellos mismos.

Finalista Premio Nacional Ciudad de la Coruña 2013- Publicado en Antología

El caminante y la lumbre del mundo

1. Camina el hombre solo, sin alforja ni destino,
2. cruzando la vereda donde empieza lo divino,
3. sus pasos son preguntas que murmura el horizonte,
4. y en su mirar la bruma se convierte en fiel monte.
5. La tierra le susurra con su aliento de centeno,
6. la savia de los siglos le recorre por el seno.
7. y el polvo de los sueños, que levanta su pisada,
8. escribe con silencio lo que el alma no acaba.
9. No busca ni pretende más que el viento en la escarcha,
10. ni guarda más consuelo que la sombra en la marcha.
11. su pan son los ocasos, su vino la alborada,
12. y el canto de los robles su música callada.
13. Lo sigue un perro viejo que ha olvidado el ladrido,
14. compañero del barro, del cansancio y del nido,
15. juntos huelen la lluvia cuando cruza el abismo,
16. y dan nombre a la piedra sin más ley que el bautismo.
17. Nadie sabe su origen ni la culpa que arrastra,
18. si el amor lo ha dejado, si la vida lo gasta,
19. pero al verlo tan firme, con la luz en la frente,
20. se entiende que el camino es más que ser viviente.
21. Ha visto los despojos de ciudades caídas,
22. y ha cruzado los ojos de las muertes vencidas.
23. mas nunca dio la espalda a un suspiro del suelo,
24. pues sabe que en el barro se revela el consuelo.
25. Pregunta sin palabras a las nubes errantes,
26. si el dolor tiene cuerpo, si el amor tiene instantes,
27. y escribe con sus huellas, al andar sin reposo,
28. la historia del que busca sin hallarse hermoso.
29. En sus pies el cansancio no es derrota, es victoria,
30. y en su pecho la pena no es dolor, sino historia,
31. cada paso lo eleva, cada herida lo pule,
32. cada noche lo nombra y en su alma circula.
33. Si un niño lo saluda, se le aflojan los miedos,
34. y se sienta a escucharlo, como al canto en los cedros.
35. porque el mundo, aunque duro, le regala esas flores
36. que nacen sin permiso, como todos los amores.
37. Camina y no pregunta por la meta o la cumbre,
38. su destino es la brisa, su verdad es la lumbre,
39. y si cae, no claudica: se levanta y respira,
40. porque el hombre que anda, con su andar se delira.

Jose Carlos Vara Mata